

SOPITA de AVENA

María
Laura
Dedé



DIRECTORA Y PRODUCTORA DE LA COLECCIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Celeste Soledad Gonzalía

TEXTOS E ILUSTRACIONES
María Laura Dedé

COLECCIÓN 2017 - CUENTO Nº 2

Este cuento viene con bruja y tres hijos. Una bruja que, durante años, les enseñó trucos a sus hijos para que fueran brujitos. Pero ellos no querían ser brujos y, a propósito, aprendían todo al revés. Un día la mujer se hartó y ¡abracadabra! convirtió a su primer hijo en águila y al segundo en ballena. Al tercero no pudo convertirlo en nada, porque justo se le escapó.

¿Adónde?

Al castillo de la princesa, claro, porque este cuento también viene con bosque, castillo al fondo y una princesa encerrada. En el bosque, el chico se topó con dos gigantes mellizos peleando por un sombrero.

—¡Mío!

—¡No, mío!

—¡No, mío!

“Semejantes grandulones”, pensó, porque no sabía que el sombrero era mágico y que con sólo colocárselo te llevaba adonde quisieras viajar.

—Hagamos una cosa —les propuso a los gigantes—: Yo me lo pongo y el que primero me lo saca, se lo queda.

A los mellizos les pareció divertido, pero no pudieron jugar, porque en cuanto el chico se lo puso, desaparecieron los dos (chico y sombrero). ¡Es que deseaba tanto llegar al castillo de la princesa y rescatarla...!

Apareció de repente en medio del comedor. “¿Dónde estará?” se preguntaba, mientras recorría una por una las ochenta y dos habitaciones. En la última, encontró a una viejita.

—¡Muchachito! —le sonrió ella —¿Cómo lograste entrar? ¿No había un dragón en la puerta?

—No sé, no pasé por la puerta... —le dijo. —Es que este sombrero...
—¡Sombrero muy raro, sí! La moda debe haber cambiado mucho en estos cincuenta años... —y los ojos de la mujer se enturbiaron por las lágrimas.

—¿Pero por qué llora, abuelita?

—Es que pasó tanto tiempo...

—¿Cincuenta años?

—¡Sí! ¿Cómo sabías?

—Lo acaba de decir usted, cuando hablaba de la moda.

—Ah... es que esta memoria mía...

—¿Pero cincuenta años desde qué, señora?

—Ya no me acuerdo...

—¿No será la princesa, usted?

—Sí, ¿cómo sabías?

—Me imagino, entonces deben ser cincuenta años desde que la encerraron en el castillo.

—¡Sí! ¿Cómo sabías?



–Me imagino, pero no se preocupe. Al fin llegué yo para rescatarla.
¿No está contenta? ¡Ya es libre!

–¡No, querido! Para que yo pueda salir del castillo todavía faltan...

–¿Tres pruebas?

–¡Sí! ¿Cómo sabías?

–No sé... es que siempre hay tres pruebas en los cuentos.
Dígame.

¿Cuáles son las tres pruebas que debo sortear para rescatarla y que pueda salir del castillo?

–Primera prueba: bajar por la ladera de la montaña hasta el río y matar al bisonte. De su boca abierta saldrá un pájaro de fuego que sostendrá entre sus garras un huevo incandescente. La yema de este huevo es de cristal. Segunda prueba: sacarle esa yema al pájaro y llevársela a la Gran Bruja que me hechizó, que vive en el Volcán de los Siete Picos Nevados.

–¿Y la tercera?

–Me olvidé.

Como el chico era valiente y tenía sed de aventuras, decidió intentar las primeras dos: le dio un beso a la viejita y salió del castillo por la puerta de atrás para esquivar al dragón. En el valle se encontró con el bisonte, que bebía agua del río. Luchó con él días y noches, con fuerza y maña, hasta que, con un truquito que de casualidad se acordaba que le había enseñado la mamá, pudo vencerlo. De las fauces del bisonte salió una bola de fuego (el pájaro) que sostenía otra bola (el huevo). Pájaro y huevo abrieron vuelo hacia el mar. Pero el muchacho no sabía volar... entonces apareció un águila que sí sabía, que persiguió al pájaro y con picotazos rápidos logró que abriera sus garras y dejara caer el huevo. ¿Acaso la conocía?



El huevo cayó en una playa, sobre la choza de un pescador. Con el calor del huevo incandescente, la choza se prendió fuego... Pero él no tenía agua ni manguera... entonces apareció en la orilla una ballena, que con chorros y olas de cuatro metros logró controlar las llamas. Esa ballena... ¿quién era?

La cáscara del huevo se quebró, el chico pudo sacar la yema de cristal y con la ayuda del sombrero mágico llegó al Volcán de los Siete Picos Nevados, donde se la entregó a la Gran Bruja. Esa bruja, esa bruja... ¡pero si era su mamá! (hacía mucho que no la veía, estaba un poco más flaca).

La bruja también lo reconoció y chilló de felicidad, porque las brujas no lloran. Es que lo había extrañado tanto al más chiquito... y a los otros también, claro, porque al final era mejor madre que bruja, por eso le dio un abrazo y después partió de viaje en busca de los hermanos para desencantarlos.

El chico también emprendió el camino. Atravesó laderas y valles, ríos y mares, desiertos, túneles, arenas movedizas y cuevas llenas de arañas. Al fin llegó al castillo, pero antes de ir a ver a la princesa, pidió pasar al baño para lavarse la cara. Y cuando se miró en el espejo descubrió que... ¡era un viejito!

El chico quiso estirarse las arrugas, pero la princesa ya había llegado a su encuentro.

–¡Hola! –le sonrió ella, agitando las pestañas que le quedaban–. ¡Volviste! ¿Cumpliste con las dos pruebas?

–Sí, pero falta la tercera prueba. ¿Ya te acordaste cuál es?

–Todavía no.

–¿Y qué hacemos?

–¿Querés quedarte un ratito? Juguemos al ta-te-ti.

Así pasaron la tarde, una semana y un mes. Así terminó el otoño y florecieron las lluvias, brotó el parque, salió la luna y después el sol y así sucesivamente. Hasta que la viejita se acordó.

–La tercera prueba es difícil –suspiró–. Porque hay que hacerla de a dos.

Pero como los dos viejitos eran muy valientes, tenían sed de aventuras y además se habían enamorado, decidieron intentarlo: el viejito le dio un beso a la viejita y la viejita le dio un beso al viejito... y el hechizo se rompió: ¡por fin ella pudo salir del palacio! pero ya no tenía ganas... ah, eso sí: se casaron, fueron felices y comieron perdi... digo, sopita de avena y miel por el resto de sus días, porque ya no tenían dientitos.

